



Dios con nosotros

Dios de muchas maneras nos dice que Él está y va con nosotros y que nos espera. Con el nacimiento del Hijo de Dios en Belén, Él Dios grande y poderoso, se hace pequeño, frágil, tierno, y es el mismo Dios. San Juan nos dice que es el Verbo eterno el que «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14). Al ser concebido en María, y al nacer en el Pesebre, es el mismo Dios que se aproxima, se acerca totalmente a nuestras posibilidades. Y es verdad: ¿qué niño, más aún el de Belén, nacido en un pesebre, puede alejar? El hijo de Dios en María es todo mansedumbre, bondad, es amor.

Es el Dios Amor, quien habla en el Pesebre: el Dios que se ha hecho niño nos dice lo cerca que está de todo ser humano, cualquiera sea su condición. Contemplar a Jesús en el Pesebre, nos abre al amor de Dios por nosotros, a sentir y creer que Dios está con nosotros y que nosotros estamos con Él, no estamos solos; todos hijos y hermanos, gracias a aquel Niño Hijo de Dios y de la Virgen.

Las luces del Pesebre nos dicen que Jesús, el Verbo eterno, es la luz que vino al mundo, como nos dice Juan en el Evangelio: «La Palabra era la luz verdadera, que con su venida al mundo ilumina a todo hombre » (Jn 1, 9; y más adelante, recogiendo las mismas palabras del Señor, dice. «Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn 8, 12). Su cercanía trae luz donde hay oscuridad e ilumina a cuantos atraviesan las tinieblas del sufrimiento y de tantas formas de muerte (cf. Lc 1,79).

El nacimiento del Hijo de Dios en un pesebre nos ayuda a comprender mejor las palabras de Jesús, cuando dice: «Les aseguro que si no cambian y se hacen como los niños no entrarán en el reino de los cielos » (Mt 18,3). Nos enseña la actitud que debemos practicar para encontrarnos con él: “Quien no acoge a Jesús con corazón de niño, no puede entrar en el reino de los cielos”.

Los pastores, dicen: «Vamos a Belén a ver eso que ha sucedido y que el Señor nos ha anunciado» (Lc 2,15) por medio de los ángeles. Ellos son los primeros testigos de lo esencial, es decir, de la salvación que se les ofrece. Son los más humildes y los más pobres quienes saben acoger el acontecimiento de la Encarnación (cfr. Papa Francisco).

Lucas dice que María «dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada» (Lc 2,7). No habiendo un lugar conveniente para la madre y el nacimiento de su hijo, el parto del hijo de María e Hijo de Dios tiene lugar allí a donde van a comer los animales. ¿Cuántos niños vienen al mundo en lugares precarios en nuestro mundo y en este tiempo, en nuestro país, en nuestra misma ciudad, en aquellas tantas familias que no tienen casa, que viven en campamentos?

En la debilidad y en la fragilidad Dios esconde su poder que es capaz de crear, recrear y transformar. En un niño ha querido el Señor revelar la grandeza de su amor; así, en el Pesebre de Belén, así también en la Cruz de Jerusalén.

El nacimiento de un niño, en especial el de Éste, siempre suscita alegría y esperanza; en esta Navidad nos damos cuenta, una vez más, que necesitamos muchísimo que Dios renueve en cada uno y en todos la ESPERANZA, para vencer tantos temores, y que nos permita vislumbrar nuevos horizontes que nos hagan caminar guiados por la luz que es Jesucristo, nuestro misericordioso Salvador.

QUERIDOS HERMANOS Y HERMANAS: QUE TENGANGAN UNA FELIZ NAVIDAD Y QUE todos TENGAMOS UN BENDECIDO AÑO 2022.-

+ Jorge Concha Cayuqueo O.F.M
Diócesis de Osorno